

## LA ESCASA SENSIBILIDAD FILOSÓFICA DEL SEÑOR ANDERSON.

### NOTA A PROPÓSITO DE *THE MATRIX*\*

La película *The Matrix* bien puede animar una amena conversación filosófica en una aburrida tarde de domingo. Allí no sólo se plantea de forma bastante sugestiva el viejo problema filosófico sobre nuestro presunto conocimiento del mundo exterior, sino que además se insinúa la profunda cuestión de la libertad y el determinismo. En este sentido, mucho podría decirse acerca de las diferentes actitudes de sus personajes o la arquitectura misma de la historia. Sin embargo, en esta breve nota quisiera centrarme en el personaje central de la película, el señor Anderson o Neo. En particular, quiero sugerir que el señor Anderson carece de una adecuada sensibilidad filosófica y, por esta razón, se ve envuelto en una serie de disparatadas aventuras.

La película nos dice realmente poco acerca de la vida del señor Anderson antes de verse envuelto en la odisea que ha de llevarlo a intentar salvar a la humanidad. Sabemos que él es un ingeniero de sistemas que trabaja en una prestigiosa compañía y pasa muchas noches en vela realizando diversos programas de informática. En este sentido, podemos adivinar que el señor Anderson conoce los avances actuales sobre simulación y sabe por los noticieros de una peligrosa banda terrorista liderada por un tal Morpheus. No obstante, aunque la película no lo señala explícitamente, podemos suponer que el señor Anderson habrá vivido una serie de sucesos decisivos que se remontan hasta su más tierna infancia. Como todos los seres humanos, él aprendió su lenguaje materno controlado por sus padres y tuvo acceso a una cierta educación básica. Con ello no sólo heredó ciertas pautas morales de comportamiento, sino que además aprendió a utilizar correctamente palabras como “agua”, “perro”, “largo”, “rojo”, etc., y siempre lo hizo en circunstancias públicamente observables. De este modo, al aprender su lenguaje materno el señor Anderson heredó una gran parte del legado conceptual de su cultura. Y, obviamente, en este legado estará incluido un dominio adecuado de la gramática de palabras como “objeto”, “cuerpo”, “realidad”, “apariencia” e “ilusión”.

Más aún, en la vida del señor Anderson también hubo una compleja etapa prelingüística que seguramente transcurrió en medio de las atenciones de mamá, las horas de sueño y algunos balbuceos. Esta etapa prelingüística no es despreciable en modo alguno. En ella nuestro protagonista mostró desde muy temprano su habilidad innata para imitar los gestos de sus vecinos, aprendió a dominar su propio cuerpo y observó ciertos rasgos de su cambiante entorno perceptual, entre muchas otras cosas. Y, justamente, en este intercambio constante con el entorno el pequeño Anderson pronto habrá mostrado una sensibilidad especial para discriminar diversos tipos de presencias perceptuales. Desde muy pequeño él habrá notado, por ejemplo, que presencias como el agua o el azúcar se distinguen de presencias como mamá o la pelota en varios sentidos. Mientras que mamá y la pelota mantienen una cierta cohesión en sus desplazamientos y exhiben una forma continua, el agua y el azúcar siempre pueden dispersarse por la escena o pueden cambiar su forma abruptamente. Además, el agua

**IGNACIO  
ÁVILA  
CAÑAMARES**  
Universidad  
Nacional

\* Agradezco al comité editorial de la revista *Saga* por su invitación expresa a participar en este debate.



y el azúcar fácilmente toman la forma del recipiente en que se almacenan, pero Mamá y la pelota se resisten obstinadamente a ello.

En su corta experiencia de vida, el señor Anderson también habrá observado al menos tres características básicas de la percepción. En primer lugar, habrá notado que la percepción es inseparable de su propio movimiento por la escena de tal modo que, al variar la posición de su cuerpo, habrá una variación concomitante en el modo de exhibición del entorno que percibe. Ahora el objeto de percepción ocultará algunas caras y dejará ver nuevos aspectos. En segundo lugar, el pequeño Anderson habrá observado que el proceso perceptual es inseparable de las circunstancias mismas del entorno. Al cambiar la iluminación en la escena, también el objeto percibido se verá más claro o más oscuro y algunas caras antes eclipsadas por la sombra ahora se destacarán o al revés. Finalmente, en tercer lugar, a medida que incrementa su bagaje de experiencia Anderson habrá aprendido ciertas concordancias entre los diferentes testimonios de sus sentidos. Al ver una mesa él sabrá, por ejemplo, que si la toca exhibirá una cierta solidez e impenetrabilidad, y así con muchas cosas más.

Señalo estos aspectos de la vida prelingüística de Anderson porque encierran al menos dos moralejas filosóficas importantes. La primera de ellas es la rápida sensibilidad infantil hacia cuerpos como mamá y la pelota. Los cuerpos en general comparten varias características comunes. Ellos mantienen cierta cohesión entre sus partes, se desplazan por el entorno de modo continuo, exhiben una cierta constancia de forma y tamaño, no pueden estar en dos lugares diferentes a la vez, y se dejan inspeccionar por varios sentidos. De este modo, la sensibilidad prelingüística de Anderson frente a presencias como el agua y el azúcar o mamá y la pelota constituye una clara muestra de que desde muy temprano ya reconoce algunos rasgos básicos de los cuerpos. Justamente, al notar que la pelota y mamá se comportan de forma diferente al azúcar y el agua en algunos aspectos, él no hace otra cosa que reconocer perceptualmente cuerpos. Y este reconocimiento ya está presente desde mucho antes de que musite alguna palabra. La segunda moraleja está dada por la naturaleza misma de la percepción. Al observarse que en la percepción juegan un papel decisivo el propio movimiento corporal, las circunstancias del entorno y el testimonio armónico de varios sentidos, se obtiene un primer contraste entre apariencia y realidad. A este nivel, una experiencia contará como ilusoria si está en claro conflicto con la serie armónica de percepciones que se desplegó al ejecutar un movimiento corporal o al variar las circunstancias del entorno. De este modo, Anderson aprenderá gradualmente que si al tocar la mesa que observa se encuentra de repente con un objeto esférico, entonces será víctima de una ilusión. En realidad, aprenderá muchas cosas de este tipo. Su experiencia prelingüística con cucharas le enseñará que en circunstancias normales nunca se doblan, que las varas bajo el agua lucen torcidas, que las balas no pueden esquivarse, etc. Y, en todos los casos, la lección siempre será que si en algún momento le parece percibir que ocurre lo contrario, entonces dicho episodio será simplemente una ilusión.

Ahora bien, cuando el inquieto Anderson aprenda su lenguaje materno, tanto su sensibilidad perceptual hacia los cuerpos como su incipiente contraste entre apariencia y realidad se verán profundamente refinados. Con el lenguaje, Anderson podrá postular complejas hipótesis sobre las trayectorias de los cuerpos cuando no los observa y podrá clasificarlos bajo diferentes predicados. En este sentido, su mundo de objetos ya no será un mundo puramente perceptual. El objeto que antes



exhibía un comportamiento regular en la escena perceptual ahora se convertirá en un objeto con pautas precisas de identificación y, en este sentido, será también un objeto susceptible de ser reidentificado como el mismo en diversas circunstancias o bajo diferentes predicados. En una palabra, con el dominio del lenguaje Anderson habrá entrado al complejo terreno de la ontología consumada del adulto. Y, naturalmente, al refinarse su concepto de objeto hasta el punto de hablar de trayectorias hipotéticas, también el contraste entre apariencia y realidad ganará en precisión.

De acuerdo con lo anterior, podemos observar que la ontología de Anderson como hombre adulto se remonta en sus orígenes hasta la experiencia prelingüística y está atada de un modo fundamental al propio campo de aplicación en que opera su lenguaje. Algo similar sucede con el contraste entre apariencia y realidad. Al comienzo se trata de una distinción dada en su propia experiencia prelingüística y luego se refina con la masa semántica del discurso sobre cuerpos. Con esto se pone de relieve que nuestro propio concepto de realidad alberga en sí mismo una importante dimensión empírica y resulta inseparable de nuestro propio repertorio semántico de categorías. Al resaltar esto no quiero decir que nuestra noción de objeto puede traducirse totalmente a enunciados sobre nuestra experiencia. Tampoco quiero sugerir que nuestra ontología consumada sea sacrosanta o que no podamos reajustar nuestros conceptos en aras de una mejor comprensión del mundo. Simplemente me interesa resaltar que cualquier intento por ignorar el elemento empírico de nuestra noción de objeto o pasar por alto su vínculo con las pautas lingüísticas de individuación constituye un atentado contra lo que cuenta como objeto. Para quienes gustan de términos filosóficos, estoy tratando de oponerme al concepto kantiano de Cosa en Sí. Y la razón es muy sencilla: si —como he sugerido— la noción de objeto posee una dimensión empírica que arraiga en los estadios más tempranos de la experiencia prelingüística y se enriquece con el lenguaje, entonces carece de sentido querer extrapolar dicha noción al ámbito de lo que por principio no se puede experimentar o está más allá de nuestro repertorio de categorías lingüísticas. Ello equivaldría al absurdo intento de querer dar sentido a un concepto diciendo que, por definición, está más allá del ámbito del sentido. Algo similar sucede con el contraste entre apariencia y realidad. Si este contraste tiene un origen en la percepción y se refina con el lenguaje, entonces carece de sentido confinar la experiencia al ámbito de lo puramente aparente y sugerir que lo verdaderamente real está por definición más allá de la experiencia. En ambos casos, estaríamos despojando nuestra noción de objeto de sus condiciones de identidad como objeto. Y, simplemente, no creo que una entidad sin identidad merezca contar como entidad en algún sentido interesante.

Debe notarse que al rechazar la noción de un objeto que trasciende el ámbito de la experiencia y el lenguaje simplemente restituimos nuestro concepto cotidiano de cuerpo en su más profunda dimensión. Precisamente, nuestro breve rastreo por la experiencia prelingüística y el lenguaje nos enseña, en última instancia, el sentido mismo de nuestra noción de cuerpo. Y aquí me parece que la insensatez del señor Anderson salta a la vista. De un lado, él ha olvidado una vieja lección de la infancia. Ya dijimos que un episodio de percepción contaba como ilusorio si entraba en claro conflicto con una serie armónica de percepciones. Y, justamente, en su delirio el señor Anderson considera que episodios tan absurdos como cucharas que se doblan o balas que se detienen constituyen un signo inequívoco de que hasta ahora ha vivido en un mundo ilusorio gobernado por un supercomputador. En una palabra, él acude



a ilusiones para impugnar la realidad. Y lo sensato sería más bien basarse en lo real –acreditado desde su más temprana infancia- para impugnar tales episodios como ilusiones. Más aún, el que las balas se detengan o su cuerpo pueda levantar el vuelo deberían confirmarle justamente que en ese momento es víctima de la ilusión y no que se trata de un salvador de la humanidad. De otro lado, el señor Anderson tiene completamente trastocadas las bases más primarias de la noción adulta de objeto. Dijimos que un cuerpo era algo que, entre otras cosas, estaba sometido a ciertas regularidades de comportamiento. Y, precisamente, ellas se rompen completamente en sus insensatas aventuras sin que él se sorprenda. Se trata sin duda de una pérdida patológica de sensibilidad infantil. Por último, el señor Anderson no tiene ninguna razón de peso para aceptar el lúgubre mundo de la nave como el mundo real, pues justamente esta aceptación depende en buena medida de considerar que ciertas ilusiones con cucharas y acrobacias cuentan como episodios verídicos que revelan por sí mismos el carácter ilusorio del mundo en el que siempre ha habitado. En definitiva, no sólo me temo que lo irreal es justamente lo que sucede en la nave, sino que además tengo la impresión de que la magistral odisea del señor Anderson en el fondo es una lamentable serie de ilusiones que habrían podido controlarse fácilmente con una dosis adecuada de penetración filosófica. De ahí, precisamente, que en estas líneas hable de Anderson y no de Neo. En mi opinión, éste sólo es el ilusorio resultado de los ensueños y desvelos de nuestro experto en informática.

Y en este punto hay que disipar una cierta objeción. Alguien podría replicar que después de todo el señor Anderson está en lo correcto porque lo verdaderamente real sucede en el lúgubre entorno de la nave, mientras que el mundo que habitó desde su infancia es una simple ilusión. Frente a esta réplica, hay al menos dos salidas posibles. La primera consiste en señalar que *no existe* razón alguna para aceptar el entorno de la nave como real. Dicha razón sólo podría obtenerse mediante una impugnación previa y gratuita de una realidad bien acreditada desde la infancia y, además, nos dejaría a las puertas de una regresión al infinito o un infortunado concepto de Cosa en Sí. Justamente, si Anderson se las arreglara para poner en entredicho la totalidad de su experiencia normal, también su propia experiencia en la nave tendría que ser cuestionada en un segundo nivel y así hasta el infinito. Para detener esta regresión habría que acudir entonces a un concepto de lo real como lo que trasciende toda experiencia posible. Y ya he dicho que una noción de realidad que desborda el ámbito de la experiencia y el lenguaje en el fondo es ininteligible. La segunda respuesta a la objeción anterior consiste en cuestionar el contraste mismo entre el mundo verdaderamente real de la nave y el mundo ilusorio en el que hasta ahora ha habitado el señor Anderson. Justamente, quien se apresta a trazar este contraste comete el mismo error de nuestro protagonista. Con ello pasa por alto el sentido mismo de nuestra noción de objeto y trastoca nuestro bien cimentado contraste entre apariencia y realidad. En definitiva, me opongo a cualquier intento por impugnar el mundo normal de Anderson sobre la base de la presunta realidad de lo que sucede en la nave. Y lo hago porque ello equivale al absurdo intento de buscar un exilio cósmico más allá de nuestro acervo de experiencia, nuestro sistema lingüístico de categorías y nuestra sólida noción de objeto.

Para terminar, quisiera señalar una diferencia importante entre las dudas filosóficas de Descartes y la insensatez del señor Anderson. Descartes siempre enmarcó su duda metódica dentro del contexto de un ideal de investigación pura. En este

## Ignacio Ávila

## La escasa sensibilidad filosófica...

sentido, él sabía perfectamente que se trataba de dudas teóricas y nunca pretendió implementarlas en su vida cotidiana. En cambio, en Anderson ocurre lo contrario. Su escasa sensibilidad frente a la teoría, su poca reflexión filosófica y su mentalidad acrítica hacen que sus dudas impregnen su vida cotidiana y lo envuelvan en una serie de disparatadas aventuras que no son sino el producto de su trastorno. Quizá por esta razón Descartes es un gran filósofo y el señor Anderson es tan sólo un demente que busca salvar a la humanidad de su propio delirio.

